

el marco de la promesa de unidad continental que permita armar un aparato productivo al menos en toda Sudamérica. Pero es todavía un desafío, entre otras cosas porque el neoliberalismo no es solamente una ideología, un conjunto de políticas económicas, sino que constituye una estructura de poder que opera a escala global.

Esa estructura de poder está en crisis. El grado de hipertrofia y de autonomización que ha adquirido el mundo financiero en oposición a la economía real, genera tal nivel de contradicciones que, más que cumplir una función de facilitar los procesos productivos, el mercado financiero se ha convertido en un elemento que asfixia la producción. Ése es el verda-

Necesitamos urgentemente crear las condiciones básicas que den garantías en la gestión de nuestras economías para el cambio del régimen de acumulación.

dero carácter de la crisis estructural que estamos viviendo: la erosión de las bases del funcionamiento de los mercados, de la coherencia dinámica entre los distintos ritmos de acumulación. Este callejón sin salida de la forma de existencia de los grandes monopolios que se reproducen en el ámbito especulativo genera la necesidad de destrucción de capitales. Hay un problema de sobreproducción no sólo de mercancías sino también de capitales. Se genera una necesidad de destruir capitales en la que ninguno quiere

ceder. No hay un equilibrio que permita decidir sensatamente con criterios de sustentabilidad; es necesario cambiar de régimen de acumulación. La capacidad científica y tecnológica que ha acumulado la humanidad es formidable y habría condiciones para lo que en Ecuador y en Bolivia se llama “buen vivir” de los siete mil millones de seres humanos.

América Latina está en el corazón de esta situación mundial, ofreciendo tal vez las mejores condiciones para un derrotero distinto, inclusive en la misma lógica del capital y en la misma lógica de la inversión. ¿En qué otro lugar del mundo hoy existen las condiciones de inversión de largo plazo y de inversión productiva de largo plazo que puede ofrecer América Latina? Necesitamos urgentemente crear las condiciones básicas que den garantías en la gestión de nuestras economías para el cambio del régimen de acumulación.

Estamos en esta bifurcación histórica, tenemos todo lo que se requeriría: la decisión política, la voluntad de los pueblos, inclusive una coyuntura internacional favorable y sin embargo no terminamos de dar el salto para concretar la viabilidad de estos procesos, por lo que podría generarse



una situación en la que todo eso se desmorone. Una caída de los precios del petróleo, de la soja, una situación en la que la transnacionalización del sistema financiero latinoamericano termine evidenciando la vulnerabilidad que significa la relación centro-periferia cuando el centro está en una crisis de insolvencia estructural.

Entonces, tenemos que construir urgentemente nuevas instituciones, especialmente una nueva arquitectura financiera. El Banco del Sur, el sucre, una moneda común latinoamericana que no sea una perspectiva del euro, un total que sacrifique las soberanías nacionales en aras de esta quimera supranacional construida sobre bases neoliberales. Al contrario, se trata de una moneda que viabilice las condiciones de intercambio de los pueblos, de movilización del sistema productivo. Finalmente, un Fondo del Sur, un sistema de seguridad financiera continental que no pase por el Fondo Monetario Internacional ni por el monopolio de la liquidez mundial que tiene el dólar. Todos los elementos están dados para que América Latina pueda manejarse en esos términos, generando mayor libertad en el manejo de las políticas internas y permitiendo la generación de un combustible endógeno para poder avanzar rápidamente hacia esa construcción nacional que tanto tiempo hemos postergado.

¿En qué medida la correlación de fuerzas a nivel regional permite ese salto cualitativo?

Sin duda es un proceso complejo, difícil e incierto, por eso el liderazgo político tiene una importancia enorme, porque las bifurcaciones históricas se presentan a todo nivel. Esta no es una crisis financiera, es una crisis de civilización, y en ese sentido yo creo que es importantísimo hacer que la crisis juegue a favor de los pueblos. Las crisis normalmente son instrumentos aprovechados precisamente por las grandes oligarquías.

Eso nos lleva a mirar la conducta de los gobiernos de derecha en América Latina. ¿Cómo analiza su reacción frente a esta crisis?

Cuando muchos especialistas caracterizan a los procesos de transformación contemporáneos como “posneoliberales”, señalo que se trata de un error. Esa caracterización nos hace poner atrás un peligro que todavía está vigente, porque el neoliberalismo está vivo y coleando. Sirve de ejemplo lo que se está haciendo a nivel internacional. La Organización



Mundial del Comercio no ha hecho ninguna corrección de todos los errores, no solamente de la teoría sino de la aplicación práctica de esa supuesta libertad de comercio, que en los hechos está favoreciendo a las grandes transnacionales y devastando fuerzas productivas nacionales a nivel mundial. El neoliberalismo sigue avanzando, el Fondo Monetario Internacional sigue aplicando las mismas recetas que se probaron catastróficas en el caso de América Latina, su verdadero propósito no es resolver el problema fiscal, el problema macroeconómico, sino generar una nueva correlación de fuerzas, generar una guerra de clase en contra de los trabajadores, de los sectores populares y de las conquistas sociales. Y eso va a pasar en todos lados, el neoliberalismo está vigente en todos lados.

Más allá de eso, hay una agenda escondida en el plano geopolítico de generar una subversión de este proceso que no solamente trasciende Unasur y que se ha aplicado en términos de la CELAC. Entonces, yo creo que es muy importante el hecho de que los pueblos y los gobiernos progresistas de América Latina concreten la viabilidad del otro proyecto de construcción nacional, de construcción de infraestructura, de soberanía y de ciudadanía, que son elementos que van de la mano. Y tenemos que hacerlo rápido a partir de tres pilares básicos: un nuevo tipo de banca de desarrollo y moneda común, no única ni excluyente (como en el caso del euro), que facilite transacciones; y una red de seguridad financiera que permita proteger a América Latina frente a los ataques especulativos a la hostilidad de la coyuntura internacional.

En el argumento que plantea puede entenderse que hoy está en disputa la concepción misma de “lo económico”, que durante años había borrado de su campo de acción las decisiones políticas y se había limitado a una supuesta gestión técnica. Ese pensamiento neoliberal entró en crisis, pero en cierta medida también hay un desafío para el pensamiento político y económico sobre una nueva concepción. ¿Cómo interpreta la discusión sobre estos nuevos paradigmas?

Terrible, porque, insisto, el neoliberalismo no está muerto. Está en todos los planos, la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, pero también los bancos regionales de desarrollo. Recuérdese que el Banco Interamericano de Desarrollo perdió un quinto de su capital por hacer inversiones



especulativas. Algunas bancas y fondos latinoamericanos multilaterales tienen buena parte de sus recursos precisamente en los bancos que han sido los focos de infección, incluyendo el JP Morgan, que después de los billones de dólares que han recibido de parte de la Reserva Federal norteamericana tuvieron que declarar pérdidas. La lógica en general de los propios bancos centrales nacionales sigue todavía prisionera de esa forma de pensar, del pensamiento neoclásico, con una cantidad de mitos que se han demostrado falsos, pero que todavía sigue organizando el pensamiento tecnocrático en América Latina.

Tenemos todas las condiciones ahorita para rápidamente cambiar esos mecanismos de circulación de las distintas formas productivas y establecer desde los territorios y las comunidades otras lógicas de desarrollo mucho más sostenibles. A eso hay que sumarle la discusión dogmatizada en torno al tema de las reservas internacionales y a la forma en que nuestros países deben recuperar soberanía, no solamente en el marco de esta crisis mundial sino en el marco de esta transnacionalización de las finanzas que vuelve porosas nuestras fronteras macroeconómicas y que hacen vulnerable la situación interna de nuestros países frente a una coyuntura internacional que se vuelve cada vez más hostil. El déficit de pensamiento nuevo, riguroso y responsable en el campo de la economía es uno de los talones de Aquiles en el proceso que estamos viviendo. Nuestros pueblos merecen mucho más, nuestros pueblos están exigiendo respuestas innovadoras en este plano. ●





REGIÓN

Del Estado aparente al Estado integral¹

por **Álvaro García Linera**²

En respuesta a la convocatoria de Horizontes del Sur a debatir sobre el futuro de los procesos de transformación en la región, el vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia compartió con la revista un ensayo fundamental, que reflexiona sobre la experiencia boliviana de transformación de la comunidad política.

La solidez de los estados modernos radica en el acuerdo y aceptación activa que la sociedad brinda a la existencia de la institucionalidad política y a los monopolios (de la coerción, de la administración de una parte de las riquezas públicas y de la legitimidad) que caracterizan a la organización estatal. Eso significa que el Estado es una síntesis connotada y aceptada de las fuerzas, los pactos, las jerarquías y los horizontes compartidos, en torno a una hegemonía social, al interior de una comunidad política territorializada llamada nación o país.

Esta solidez estatal no es un tema de acatamiento de la norma (ilusión juricista) ni tampoco de hábito cultural (ilusión pedagoga), sino de consistencia estatal, esto es, del modo en que la sociedad construye su pertenencia o externalidad al Estado y del modo en que se produce la adhesión social a las acciones del Estado.

Si la sociedad civil-extensa produce su condensación política en el Estado, estamos ante una relación *orgánica óptima* entre Estado y sociedad. Y si a ello sumamos un bloque de clases que ha logrado exitosamente constituirse como poder estatal, con la capacidad de promover su liderazgo político-cultural, el consenso y los compromisos prácticos del resto de las clases sociales en torno a sus acciones, estamos ante un Estado fundado en el principio de *hegemonía histórica*.

1 El presente texto fue publicado en el libro Miradas. Nuevo texto constitucional, coeditado por International IDEA, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia y Universidad Mayor de San Andrés, 2010 (disponible en www.idea.int).

2 Vicepresidente Constitucional del Estado Plurinacional de Bolivia.

La suma de ambos componentes de estatalidad, la relación *orgánica óptima* y la *hegemonía histórica*, son lo que, siguiendo a Gramsci, podemos denominar como *Estado integral*, que no sólo habilita la solidez de los estados democráticos sino el mejor escenario para que las clases sociales laboriosas puedan impulsar una expansiva socialización de la democratización de los bienes públicos (materiales e inmateriales). La ausencia de una relación *orgánica óptima* entre sociedad civil y Estado, es decir, cuando el Estado es y se presenta abiertamente como organización política exclusiva de una parte de la sociedad en apronte, contención y exclusión de otras partes mayoritarias de la sociedad civil, da lugar a lo que, siguiendo a Zavaleta, se puede denominar un *Estado aparente*.

En Bolivia, hasta el año 2006, el Estado nunca se había constituido como condensación jerarquizada de las fuerzas sociales ni fue asumido como “comunidad política”, sino que siempre se presentó como “parte”, como pedazo político externo al resto de la sociedad y, por ello, como impostura de comunidad política, como *apariencia*, esto es, como patrimonio de abolengo o “billetera” de una parte reducida de la sociedad enfrentada a la inmensa mayoría de la sociedad civil. Independientemente de cuál haya sido el régimen político prevaleciente, democrático o dictatorial, desde su fundación, la estructura estatal boliviana se caracterizó por la parcialidad, su patrimonialización e incompletitud hegemónica. El Estado siempre fue visto y utilizado como mecanismo de un bloque social minoritario para imponer, dominar, excluir y contener a la mayoría social. De ahí que se puede decir que las clases dominantes tuvieron una visión “instrumental” del Estado y nunca pudieron construir hegemonía histórica.

Esto ha llevado a que, desde la fundación de la República, una porción mayoritaria del país –los indígenas y las clases laboriosas– se haya sentido excluida y haya vivido gran parte de su actividad política al margen de la institucionalidad pseudo modernizante con la que las élites adornaban al Estado. Paradójicamente, mientras las clases dominantes recubrían el *Estado aparente* con una retórica pseudo modernista que encubría un Estado patrimonial y encapsulado en la coerción, como modo regular de lograr el acatamiento a las normas, las clases sociales subalternas eran las que reivindicaban una modernidad de la participación y la adhesión voluntaria de la sociedad a instituciones compartidas.

De ahí que haya una característica histórica del país: no sólo el recurrente desborde y bloqueo de la sociedad sobre el Estado, sino también la

